



**Información y
Persuasión**

J. J. García-Noblejas
J. J. Sánchez Aranda

© Copyright 1989. Rafael Alvira. Fausto Colombo. Juan José García-Noblejas. Daniel Innerarity. M^a Antonia Labrada. Jürgen Liminski. Hans Thomas. Alfredo Cruz Prados. Juan M^a Guasch Borrat. Fernando López Pan. Manuel Martín Algarra. Alberto Miguel Arruti. Juan Ramón Muñoz Torres. Manuel Pares I Maicas. Javier del Rey Morato. Amparo Tuñón San Martín. Hortensia Viñes. Juan Angel Alonso Aldama. M^a Angeles García Collado. Concepción Alonso Garrán. Pedro Ori-ve Riva. Carlos Barrera del Barrio. Giulia Ceriani. César Coca García. José María Desantes Guanter. M^a Pilar Diezhandino Nieto. Carmelo Garitaonandia Garnacho. José Luis León. M^a Victoria López. José María Nadal García. Andrés Romero Rubio. José Javier Sánchez Aranda. Carlos Soria Saiz. Verónica Stoeihrel. Pedro María Barea Monge. María José Canel Crespo. Roberto Coll Vinent. M^a Jesús Díaz González. Ramón Esparza. Francisco Esteve Ramírez. María Fraguas de Pablo. Gabriel Galdón López. Josep Lluís Gómez Mompарт. Pedro Lozано Bartolozzi. M^a del Pilar Martínez Costa. Florencio Antonio Martínez González. Alfonso Méndiz Noguero. M^a Casilda de Miguel Martínez. Fabiola María Morales Castillo. Concepción Naval Durán. José Francisco Sánchez Sánchez. Alfonso Sánchez-Tabernerо. Joaquina San Martín. Paloma Durán. Teresa Capella. Ana Hernández. Elvira Llamas. Isabel Pérez. M^a Dolores Vázquez. Carmen Herrero Aguado. Jesús Jiménez Segura. Manuel Mourelle de Lema. José Luis Orihuela. Antonio Vilarnovo Caamaño.

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra

Juan José García-Noblejas y José J. Sánchez Aranda (Editores)
Facultad de Ciencias de la Información
Universidad de Navarra

ISBN 84-87146-27-9

Depósito Legal NA 190-1990

Fotocomposición: Compomática AZUL. Iturrama 64. Pamplona
Imprime: NAVEGRAF. Pol. Ind. Berriainz. n^o 17. Berriozar.

Printed in Spain-Impreso en España

ALFRED SCHUTZ: ACERCA DEL «CIUDADANO BIEN INFORMADO»

Manuel MARTÍN ALGARRA

Sin duda alguna podemos afirmar que Alfred Schutz¹ es el pensador de la «vida cotidiana»². En sus obras se realiza un pormenorizado estudio acerca de ese ámbito de acción. Dentro del «mundo de la vida» (*lebenswelt*), los hombres actuamos, decidimos, nos relacionamos. Pero lo cotidiano no es simplemente un objeto de estudio sociológico, algo para ser conocido, sino que es un campo de acción y de dominio³. Dentro de esa consideración del *lebenswelt* hemos de estudiar los conceptos schutzianos de acción y de comunicación como medios de interacción social. / L

1. Acción, interés y significatividad

La acción humana desarrollada en el mundo de la vida cotidiana no es algo sin sentido, ya que toda acción se dirige a la consecución de un fin, y, por lo tanto, el hombre actúa movido por un interés. No obstante, sería ingenuo mantener que cada hombre tiene en su actuar cotidiano un solo interés. Tanto si lo consideramos desde un punto de vista diacrónico, como si lo hacemos desde un punto de vista sincrónico, cada hombre tiene siempre varios intereses inmediatos:

No existe un interés a mano aislado. Cada interés a mano no es sino un elemento dentro de un sistema jerárquico —o incluso de una pluralidad de sistemas— de intereses que en la vida cotidiana llamamos nuestros planes: planes de trabajo y de pensamiento, planes para el momento y para toda nuestra vida. Sin

duda este sistema de intereses no es constante ni homogéneo. No es constante porque al cambiar desde cualquier Ahora hasta el Ahora siguiente, cada interés adquiere un peso diferente, un predominio diferente dentro del sistema. No es homogéneo porque, aun en la simultaneidad de cualquier Ahora, podemos tener intereses muy dispares. Así lo ilustran con claridad los diversos roles sociales que asumimos simultáneamente. Los intereses que tengo en la misma situación como padre, ciudadano, feligrés, profesional, etc., pueden ser no sólo diferentes sino hasta incompatibles entre sí. En tal caso debo decidir cuál de estos intereses dispares elegiré para definir mi situación a partir de la cual profundizar mis indagaciones. Esta elección establecerá el problema o fijará el objetivo respecto del cual el mundo en el que estamos viviendo y nuestro conocimiento de él se distribuyen en zonas de diversa significatividad⁴.

El hombre jerarquiza, pues, sus intereses, sus motivos de acción, de tal manera que las cosas se le plantean con un mayor o menor grado de significatividad⁵ a la hora de tomar decisiones y actuar. «Es nuestro interés a mano el que motiva todo nuestro pensar, proyectar, actuar, planteando así el problema que nuestro pensamiento debe resolver y los objetivos que nuestras acciones deben alcanzar»⁶. El concepto de significatividad entra, pues, de lleno en el campo del saber práctico, es decir, en el referido a la toma de decisiones racionales y libres por parte del hombre.

2. *Significatividad e interacción social*

Hasta el momento hemos vinculado los conceptos de interés y de significatividad exclusivamente a la acción humana individual. Sin embargo, el interés y la significatividad juegan un papel importante en el estudio que Schutz lleva a cabo acerca de las relaciones sociales. El paso del ámbito de lo individual al de lo social está ya, en germen, en el propio concepto de interés,

pues mi interés —en cuanto que proyecto o plan— establece unas zonas de significatividad que se solapan o entrecruzan con otras zonas de significatividad generadas por el interés del Otro. Habrá por tanto un sector de significatividad que está al alcance común del yo y del Otro, siempre que el Otro ocupe un lugar definido en el mundo a mi alcance, y yo en el suyo. Este mundo significativo común se da porque una parte de nuestros intereses es común, y también lo son algunas de nuestras significatividades. «Lo que Schutz llama en su artículo *Multiple realities* «la función selectiva de nuestro interés» organiza y estructura el mundo en esferas «de mayor o menor significatividad»⁷. Por lo tanto, a pesar de que nuestros intereses sean distintos y generen significatividades de diversa intensidad para mí y para el Otro, sí existe un ámbito común para ambos, un ámbito que podemos llamar social o público y que es fruto de la intersección parcial de distintos intereses y distintos sistemas de significatividades.

A pesar de tener sistemas de significatividades diferentes y un conocimiento también diferente del mundo común —pues lo contemplamos desde puntos de vista distintos— dentro de ese ambiente común y dentro de la zona de intereses comunes, cabe la posibilidad de que nos veamos afectados por la acción del Otro y viceversa. «En síntesis, el Otro se halla parcialmente dentro de mi control, como yo lo estoy dentro del suyo»⁸.

Señala Schutz dos tipos de sistemas de significatividades en la interrelación social del yo con el Otro: las significatividades intrínsecas y las significatividades impuestas. Las significatividades intrínsecas son el resultado de nuestros intereses elegidos; es decir, dotamos de sentido a los elementos que se presentan en nuestro actuar social dirigido a la consecución de un objetivo. Para referirse a las significatividades impuestas, señala Schutz lo siguiente:

No obstante, somos no sólo centros de espontaneidad que se insertan en el mundo y provocan cambios en él, sino también meros receptores pasivos de sucesos ajenos a nuestro con-

trol, que se producen sin nuestra intervención. Se nos imponen como significativos situaciones y sucesos que no se vinculan con intereses elegidos por nosotros, que no derivan de actos de nuestro albedrío y que debemos recibir tal como son, sin poder alguno para modificarlos mediante nuestras actividades espontáneas, excepto transformando las significatividades así impuestas en significantividades intrínsecas⁹. Mientras no se logra esto, no consideramos las significatividades impuestas como vinculadas con nuestros objetivos espontáneamente elegidos. Por sernos impuestas, quedan sin aclarar y son más bien incompatibles¹⁰.

Por lo tanto, en la relación social espontánea compartimos algunas significatividades intrínsecas, pero el resto de ellas nos son impuestas por el Otro. Cuando yo me convierto en objeto de la acción del Otro, se observa, por una parte, que hay significatividades intrínsecas del interés del Otro que son para mí impuestas, y por otra, que yo nunca podré llegar a conocer completamente el sistema de significatividades intrínsecas del Otro: no es totalmente asequible para mí. Por eso no siempre puedo convertir en significatividades intrínsecas (por asimilación, dándoles sentido dentro de mi interés o proyecto de acción) las que me impone el Otro en su interrelación conmigo.

3. *La anonimia en la interacción social: la comunicación de masas*

Como hemos visto, las acciones sociales del Otro por las que me veo afectado tendrán más o menos sentido para mí según la proporción de significatividad intrínseca y significatividad impuesta que haya en dicha acción.

El grado de conocimiento del interés inmediato de la acción del Otro, así como de sus significatividades, es lo que mide, en última instancia, mi capacidad de reaccionar libremente ante los estímulos que ejerce sobre mí la acción social del Otro.

El hecho de que la zona de significatividad impuesta en

mi relación social con el Otro sea grande, es señal de que su interés inmediato —su objetivo, su meta al actuar sobre mí y sobre otras realidades del mundo de la vida— es para mí poco conocido. El Otro —en cuanto que actor social— resulta, pues, anónimo para mí: desconozco cuál es el propósito de mi copartícipe en la acción social en la que nos vemos imbricados. Resulta pues, condición de libertad en la interacción social, el conocimiento más o menos intenso —según el grado de intersección de nuestros intereses inmediatos— del Otro, de sus intereses y de sus significatividades.

Estas ideas acerca de la anonimia en la interacción social pueden aplicarse también a las relaciones sociales que se establecen entre diversos grupos, y entre individuos y grupos¹¹. Podemos aplicar, pues, estas ideas al caso de la comunicación de masas. De ahí el gran interés que cobran las siguientes palabras de Schutz:

Caracteriza a nuestra civilización moderna el aumento de la anonimia recíproca entre los copartícipes. En nuestra relación social, nos determinan cada vez menos las relaciones con copartícipes individuales situados dentro de nuestro alcance inmediato o mediato, y cada vez más los tipos sumamente anónimos que no ocupan ningún lugar fijo en el cosmos social. Disminuyen nuestras posibilidades de elegir nuestros copartícipes en el mundo social y compartir con ellos nuestra vida social. Estamos, por así decirlo, potencialmente sujetos al control remoto de todos. Ningún lugar del planeta dista más de sesenta horas de avión del lugar en que vivimos; en una fracción de segundo, las ondas eléctricas transportan mensajes desde un extremo de la Tierra al otro; y muy pronto, cualquier lugar de este mundo será el blanco potencial de armas destructivas manejadas desde cualquier otro lugar. Nuestro propio ambiente social se haya al alcance de todos en todas partes; un Otro anónimo —cuyos objetivos, debido a su anonimia, desconocemos— puede ponernos bajo su control, junto con nuestro sistema de intereses y significatividades. Cada vez somos menos dueños de determinar por nosotros

mismos lo que es y lo que no es significativo para nosotros. Nos vemos obligados a tomar en cuenta, tal como son, las significatividades impuestas política, económica y socialmente que están fuera de nuestro control. Para ello necesitamos conocerlas¹².

Sin duda alguna los medios de comunicación de masas son interlocutores con los que nos relacionamos, son copartícipes de nuestra acción social. Pero, ¿son unos copartícipes anónimos?; ¿nos imponen sus sistemas de intereses y significatividades sin permitirnos adherirnos o no a ellos tras una decisión racional y libre?

4. *Los tipos ideales de conocimiento social: aplicación al caso de la comunicación informativa*

El interrogante con que hemos finalizado el anterior apartado sólo puede ser respondido con ambigüedad, pues la dotación de sentido a los mensajes informativos depende, sí, de los informadores¹³, pero de modo mucho más decisivo y radical de los receptores. Al carácter anónimo de los medios —y por tanto a lo que restringe la libertad del individuo afectado por una acción social ajena— puede responderse por parte del receptor de diversas maneras que le capacitarán en mayor o menor medida para decidir libremente.

Alfred Schutz considera que son tres las posturas típicas de los sujetos sociales ante el conocimiento de procedencia social¹⁴:

El conocimiento del experto se limita a un campo restringido, pero dentro de él es claro y nítido. Sus opiniones se basan en afirmaciones fundamentadas; sus juicios no son meras conjeturas ni suposiciones vagas.

El hombre común tiene un conocimiento funcional de muchos campos que no son necesariamente coherentes entre sí; un

conocimiento de recetas que indican cómo obtener, en situaciones típicas, resultados típicos por medios típicos. Las recetas indican procedimientos en los que se puede confiar aunque no sean claramente comprendidos. A pesar de su vaguedad, este conocimiento tiene aún precisión *suficiente* para el propósito práctico «a mano». En todos los asuntos que no se vinculan con tales fines prácticos de interés inmediato, el hombre común acepta como guía sus sentimientos y sus pasiones. Bajo su influencia, establece un conjunto de convicciones y opiniones no aclaradas, en las que se limita a confiar mientras no interfieran en su búsqueda de la felicidad.

El tipo ideal que proponemos llamar el ciudadano bien informado (como abreviatura de otra expresión más correcta: el ciudadano que aspira a estar bien informado) se sitúa entre el tipo ideal del experto y el del hombre común. Por una parte, no posee ni aspira a poseer un conocimiento de experto; por la otra, no se satisface con la fundamental vaguedad de un conocimiento de receta ni con la irracionalidad de sus sentimientos y deseos no clarificados. Estar bien informado significa, para él, llegar a opiniones *razonablemente fundamentadas* en campos que, según sabe, tienen para él interés por lo menos mediato, pero no se relacionan con su propósito a mano¹⁵.

Estos tipos ideales son —como señala el propio Schutz— meras construcciones creadas para los fines de su investigación. Nunca se encarnan en puridad en un solo sujeto; más bien todos tenemos algo de experto, de hombre común y de ciudadano bien informado¹⁶. Sin embargo, esta clasificación ideal-típica nos será de gran utilidad para estudiar la influencia del carácter anónimo de los medios de comunicación de masas sobre el público.

Schutz explica las diferencias entre los tipos ideales de conocimiento del siguiente modo:

Los tres tipos de conocimiento hasta aquí examinados difieren en cuanto a su disposición a presuponer las cosas. Se pue-

conocimiento de recetas que indican cómo obtener, en situaciones típicas, resultados típicos por medios típicos. Las recetas indican procedimientos en los que se puede confiar aunque no sean claramente comprendidos. A pesar de su vaguedad, este conocimiento tiene aún precisión *suficiente* para el propósito práctico «a mano». En todos los asuntos que no se vinculan con tales fines prácticos de interés inmediato, el hombre común acepta como guía sus sentimientos y sus pasiones. Bajo su influencia, establece un conjunto de convicciones y opiniones no aclaradas, en las que se limita a confiar mientras no interfieran en su búsqueda de la felicidad.

El tipo ideal que proponemos llamar el ciudadano bien informado (como abreviatura de otra expresión más correcta: el ciudadano que aspira a estar bien informado) se sitúa entre el tipo ideal del experto y el del hombre común. Por una parte, no posee ni aspira a poseer un conocimiento de experto; por la otra, no se satisface con la fundamental vaguedad de un conocimiento de receta ni con la irracionalidad de sus sentimientos y deseos no clarificados. Estar bien informado significa, para él, llegar a opiniones *razonablemente fundamentadas* en campos que, según sabe, tienen para él interés por lo menos mediato, pero no se relacionan con su propósito a mano¹⁵.

Estos tipos ideales son —como señala el propio Schutz— meras construcciones creadas para los fines de su investigación. Nunca se encarnan en puridad en un solo sujeto; más bien todos tenemos algo de experto, de hombre común y de ciudadano bien informado¹⁶. Sin embargo, esta clasificación ideal-típica nos será de gran utilidad para estudiar la influencia del carácter anónimo de los medios de comunicación de masas sobre el público.

Schutz explica las diferencias entre los tipos ideales de conocimiento del siguiente modo:

Los tres tipos de conocimiento hasta aquí examinados difieren en cuanto a su disposición a presuponer las cosas. Se pue-

de definir la zona de cosas que se presuponen como el sector del mundo que, en conexión con el problema teórico e práctico que nos interesa en un momento determinado, nos parece requerir investigaciones adicionales, aunque no tengamos una percepción clara y nítida de su estructura, ni la comprendamos muy bien. Se considera que lo presupuesto, mientras no sea invalidado, está simplemente «dado», y «dado-tal-como-se-me-aparece», es decir, tal como yo u otros en quienes confío lo hemos experimentado e interpretado. Todo nuestro posible cuestionamiento de lo desconocido surge sólo dentro de ese mundo de cosas supuestamente ya conocidas, y presupone su existencia¹⁷.

Se nos indica con esto que los tres tipos difieren, fundamentalmente, en el número de cosas presupuestas que se aceptan y usan en el actuar social sin cuestionarse su necesidad, importancia o conveniencia en el propio comportamiento social. Y, en última instancia, lo que se toma como dado (lo presupuesto) no es sino la significatividad impuesta en una relación social. Por lo tanto, será señal clara de que nos interrelacionamos con un Otro anónimo el que en su relación con nosotros haya un número elevado de conocimientos a los que les damos el estatuto de «presupuestos», y por ello, no nos planteamos de modo crítico su existencia.

En este sentido podemos proceder al análisis de los tipos ideales del conocimiento social en relación con las significatividades impuestas que se aceptan (lo dado).

El hombre común «vive ingenuamente, por así decirlo, en las significatividades propias y de su endogrupo. En cuanto a las impuestas, las toma en cuenta sólo como elementos de la situación a definir o como datos o condiciones de su curso de acción. Están simplemente dadas, y de nada sirve intentar comprender su estructura. No le interesa por qué unas cosas son más significativas que otras, por qué en zonas de aparente no significatividad intrínseca se pueden ocultar elementos que mañana se le podrían imponer como muy significativos; estas cuestiones no influyen en su actuar y pensar»¹⁸. El hombre común

es presa de fácil manipulación por parte de los medios de comunicación de masas. Su actitud acrítica y pasiva lleva a que la formación de sus opiniones esté gobernada mucho más por el sentimiento que por la información, y éste es el motivo por el que prefieren las historietas, los concursos y otros contenidos de los medios de comunicación caracterizados por su superficialidad, antes que contenidos que pretendan ofrecer una visión crítica y fomentar una actitud activa ante lo que pasa¹⁹. El hombre común no se plantea quién es el que informa ni por qué: se limita a aceptar. Por otra parte, la configuración que tienen en el mundo occidental los medios informativos —la de empresas mercantiles cuyo fin es el lucro— determina el modo de entender la comunicación informativa. La ley que rige el proceso de comunicación es la de la oferta y la demanda: existe un amplio sector del público —formado por el hombre común— ávido de contenidos insustanciales, o, cuanto menos, no problematizadores; de contenidos que no impliquen al espectador (nunca mejor usado este término para referirse al receptor de la comunicación) con los problemas cotidianos de la vida humana; más aún, se concede a los medios la misión de hacer «descansar» al hombre común, de evadirlo de los problemas cotidianos con los que se enfrenta habitualmente. Por ello, —dirán los empresarios— y debido a la «función social» que cumplen los medios, así como al carácter de «delegación tácita» que legitima su «derecho» a informar, no tienen más remedio que ofrecer los contenidos demandados por el público.

Sin embargo, entender la comunicación informativa simplemente como la satisfacción de una demanda social, supone cerrar las posibilidades de establecer una verdadera comunicación, pues lo nuevo, la noticia, lleva necesariamente a cuestionarse la situación vital en la que cada uno se encuentra, y nada más lejano del propósito del hombre común cuando conoce a través de los medios, y, por tanto, nada más alejado del propósito de los propios medios. La espectacularización de la presentación y la trivialización de los contenidos de los mensajes informativos es buena prueba de la tendencia de los medios a definir como ópti-

mo al público compuesto por el hombre común, que acepta como dado todo lo conocido a través de los medios, inclusive la propia identidad y autoridad de esos medios.

Se da, pues, la paradoja de que los medios, al funcionar así, no comunican, ya que no comparten, sino que imponen, al tiempo que cierran las posibilidades de que el hombre común acepte —¿por qué no?— los intereses y significatividades de los medios, pero no como algo impuesto, sino como algo racional y libremente elegido.

En cuanto al experto, hemos de señalar que se encuentra en una situación muy distinta, casi opuesta, a la del hombre común. El experto sí se enfrenta a las significatividades impuestas, no las acepta simplemente como algo dado. Es más, su interés u objetivo de acción es precisamente convertir lo dado en asumido, pero sólo dentro de un campo restringido. En palabras de Schutz:

Al convertirse en un experto, ha aceptado las significatividades impuestas dentro de su campo como las únicas significatividades intrínsecas dentro de su actuación y de su pensamiento. Pero este dominio se halla rígidamente limitado. Sin duda hay problemas marginales y hasta ajenos a su campo científico, pero el experto se inclina a asignarlos a otro experto, a quien se atribuye interés en ellos. Parte del supuesto de que el sistema de problemas establecidos en su dominio no sólo es significativo, sino que es el único sistema significativo. Todo su conocimiento se remite a este marco de referencia que ha sido establecido de una vez para siempre. Quien no lo acepta como el sistema monopolizado de sus significatividades intrínsecas no comparte con el experto un universo de discurso. Del consejo del experto no se puede esperar otra cosa que la indicación necesaria de los medios necesarios para alcanzar fines preestablecidos, pero no la determinación de los fines mismos. El famoso enunciado de Clemenceau, según el cual la guerra es un asunto demasiado importante como para dejarlo exclusivamente en manos de los

generales, ejemplifica como reacciona ante el consejo de los expertos un hombre orientado hacia fines más amplios²⁰.

Queda claro, pues, que tampoco resulta acertada la pretensión de que los informadores sean expertos (en el sentido schutziano del término) pues el experto no es capaz de plantearse todas las cosas como actual o potencialmente significativas. Por tanto, tampoco será capaz de dar razón del interés (entendido como fin de la acción) por el que actúa al decir lo que dice.

No es lo anteriormente expuesto un alegato en contra de la especialización de los informadores. Sencillamente es la afirmación de que lo importante en el trabajo informativo no es saber cómo contar lo que pasa (medios), sino saber dar razón de lo que el profesional se propone al contar como cuenta lo que pasa (fines).

Y por último pasamos al ciudadano bien informado:

Este se sitúa en un ámbito que corresponde a un número infinito de posibles marcos de referencia. No hay fines preestablecidos ni límites fijos dentro de los cuales pueda buscar refugio. Debe elegir su marco de referencia eligiendo su interés; debe investigar las zonas de significatividad unidas a él; y debe reunir todo el conocimiento posible acerca del origen y las fuentes de las significatividades que actual o potencialmente se le imponen. En términos de la clasificación anteriormente utilizada, el ciudadano bien informado limitará en la medida de lo posible la zona de lo no significativo, consciente de que lo que hoy carece relativamente de significatividad puede imponerse mañana como de una significatividad primaria, y de que en la región que se llama de lo absolutamente falto de significatividad pueden residir los poderes anónimos capaces de vencerlo. Así, su actitud difiere tanto de la del experto, cuyo conocimiento está delimitado por un único sistema de significatividades, como de la del hombre común, que es indiferente a la misma estructura de significatividades. Por esta misma razón, necesita formarse una opinión razonable y buscar información²¹.

El ciudadano bien informado no es, pues, el que acude a muchos medios de comunicación para conocer mejor lo que pasa, sino el que tiene una actitud vital que le lleva a saber cuáles son sus intereses y cuál es el sentido de las significatividades (lo que presupone) que se le presentan ahora o más tarde como impuestas, con el fin de reducir lo no significativo al mínimo, y con ello ser más consciente del papel que juegan todos y cada uno de los elementos en la situación de interrelación social para poder así actuar más libremente.

Pero, ¿cómo puede formarse el ciudadano bien informado una opinión propia y con el menor número posible de significatividades impuestas? Tenemos que responder a esta pregunta acudiendo, de nuevo, al concepto de distribución social del conocimiento²². Schutz mantiene que la aceptación del conocimiento de origen social se debe a que éste se basa en una idealización implícita que podría formularse así: «Creo en la experiencia de mi semejante porque si yo estuviera (o hubiera estado) en su lugar, tendría (o habría tenido) las mismas experiencias que él tiene (o tuvo); podría hacer lo mismo que él hace (o hizo) y tendría las mismas posibilidades o riesgos en la misma situación. Así, lo que para él es (o fue) un objeto realmente existente de su experiencia actual, es para mí especiosamente existente de una experiencia potencial»²³. El conocimiento de origen social se acepta, por tanto, porque consideramos que nosotros, en las mismas circunstancias espaciotemporales en las que el Otro se encuentra, habríamos percibido y reaccionado del mismo modo que él.

El conocimiento de origen social puede surgir —según Schutz— de cuatro fuentes: del testigo presencial, «cuyo informe creo basándome en el hecho de que el suceso informado ocurrió en el mundo a su alcance. Desde «allí», desde su posición en el espacio y en el tiempo, podían observarse cosas y experimentarse sucesos que no eran observables desde «aquí», desde mi posición; pero si yo hubiera estado «allí» y no «aquí», habría experimentado lo mismo. Esta creencia presupone, además, cierta

conformidad de mi sistema de significatividades con el del testigo presencial»²⁴.

La segunda fuente de conocimiento de origen social la denomina informante privilegiado, «en cuyo informe creo basándome en el supuesto de que el informante privilegiado, por experimentar el suceso aludido en un contexto de significatividad único o típico, «lo conoce mejor» que yo lo conocería», pues «el suceso observado se sitúa en un sistema de significatividades intrínsecas de una configuración sustancialmente distinta a la mía»²⁵.

En tercer lugar tenemos al analista, que conoce los hechos —como yo— a través de un conocimiento que puede ser bien inmediato o bien de origen social, «pero, ordenados y agrupados de acuerdo con un sistema de significatividades similar al mío»²⁶.

Tenemos por último la opinión del comentador, «basada en las mismas fuentes que las del analista, pero agrupadas de acuerdo con un sistema de significatividades que difiere considerablemente del mío»²⁷. No obstante, y a pesar de tener un sistema de significatividades distinto al mío, será para mí una fuente válida de conocimiento si me permite conocer con precisión y claridad el sistema de significatividades con el que forma su opinión.

En estos cuatro tipos de fuentes del conocimiento de origen social podemos observar una característica común: ninguno de ellos es para nosotros anónimo. Conocemos su sistema de significatividades, de manera que —aunque éste no se acomode al nuestro— podemos obtener un verdadero conocimiento a través de ellos.

Podríamos hacer una aplicación de esos tipos de fuentes del conocimiento de origen social al caso de los medios de comunicación de masas. Está claro que los profesionales que nos informan pueden establecer una relación comunicativa (que no es más que una transmisión de conocimiento) clasificable en al-

gunas de las cuatro posibilidades señaladas por Schutz. Sin embargo, esa aplicación no podrá ser más que formal, pues en muy pocos casos —se podría decir que casi ninguno— los medios nos revelan su interés inmediato y su sistema de significatividades. De esta manera se presentan como algo anónimo, algo que, más que ser usado por un lector, oyente o espectador, lo convierte en instrumento para la consecución de un fin particular y desconocido para la audiencia.

Nos encontramos, al hablar de los medios de comunicación de masas, con un tipo de fuentes de conocimiento de origen social que actúan sin identificar sus sistemas de intereses y significatividades. Por eso, la información periodística, en mi opinión, ha de ser incluida dentro de «otro aspecto de la distribución social del conocimiento, que es en cierta medida, lo opuesto al conocimiento de origen social, y al cual denominaremos conocimiento socialmente aprobado»²⁸.

Todo conocimiento —directo o de origen social— adquiere un peso adicional si es aceptado por alguien a quien yo atribuyo autoridad, de manera que lo aprobado por esa autoridad pasa a ser algo socialmente presupuesto, aunque la fuente de dicho conocimiento sea anónima, y por lo tanto, la concesión de ese estatuto de autoridad sea algo impuesto. Conceptos como los de «neutralidad», «objetividad», «carácter de servicio social» o «delegación tácita del derecho a informar» con que los medios se autorizan a sí mismos, no son sino prerrogativas socialmente impuestas que llevan a ocultar tanto el interés como el sistema de significatividades con que esos medios operan.

Se da entonces la paradoja de que el conocimiento socialmente aprobado es fuente de prestigio y autoridad social, hasta tal punto, que sólo será socialmente considerado como experto o como ciudadano bien informado el individuo al que le sean atribuidas esas cualidades a través de una fuente de aprobación social —como son, por ejemplo, los medios— y no al que posea verdaderamente la cualidad de experto o ciudadano bien informado.

Y concluye Schutz afirmando lo siguiente:

En nuestra época, el conocimiento socialmente aprobado tiende a desplazar el sistema subyacente de significatividades intrínsecas e impuestas. Con encuestas, entrevistas y cuestionarios se procura sondear la opinión del hombre común, quien ni siquiera busca algún tipo de información que exceda su sistema habitual de significatividades intrínsecas. Su opinión —que es la opinión pública tal como se entiende en la actualidad— se convierte cada vez más en un conocimiento socialmente aprobado a expensas de la opinión informada, y, en consecuencia, es impuesta como significativa a los miembros mejor informados de la comunidad²⁹.

La opinión pública —así entendida— y los medios de comunicación de masas como instrumentos configuradores de la opinión pública, imponen un conocimiento mediocre y radicalmente acrítico de las realidades sociales.

5. Conclusiones

a) Lo social es fundamentalmente un ámbito de acción, y no sólo de conocimiento; es la escena donde se realizan los intereses o planes de acción de los sujetos sociales.

b) La acción social es consecuencia de la intersección de los intereses inmediatos (entendidos como objetivos y planes de acción) de distintos actores sociales.

c) La proporción entre la significatividad intrínseca y la significatividad impuesta que me presenta el Otro cuando yo me veo incluido en su ámbito de acción, establece el grado de anonimidad que ese Otro tiene para mí.

d) La anonimidad del Otro en su relación social conmigo determina mis posibilidades de reaccionar racional y libremente ante las acciones sociales del Otro en las que me veo implicado.

e) Los medios de comunicación de masas podrían ser considerados como fuentes de conocimiento de origen social siempre que cumplieran con la condición de revelar su interés inmediato así como su sistema de significatividades. Sin embargo, no es habitual que reúnan esas condiciones de transparencia e identificabilidad; por lo que podemos decir que su anonimia convierte el conocimiento transmitido por los medios en un conocimiento socialmente aprobado, impuesto por una autoridad que no responde a una donación consciente de confianza por parte del público hacia un sujeto social que considera más capacitado para conocer lo que pasa e informarle sobre ello.

f) Son los propios medios los que se atribuyen esa autoridad y la imponen al público por medio significatividades impuestas como las de la objetividad y neutralidad informativas, la delegación tácita del derecho a informar, el cumplimiento de un servicio social, etc. En ningún momento conocemos el interés que mueve a la acción de los medios y, en un número elevado de casos, los medios son para el público entes anónimos.

g) El presente estudio pretende elaborar unas bases teóricas que permitan realizar estudios sobre el posible carácter persuasivo, y no informativo, de los medios de comunicación de masas considerados como interlocutores sociales anónimos, así como de los mensajes por ellos difundidos.

NOTAS

1. Alfred Schutz (Viena, 1899-Nueva York, 1959) fue un alto ejecutivo de una empresa financiera vienesa. Se introdujo en el mundo de la Filosofía Social y la Sociología buscando una respuesta a la situación de desarraigo en la que se encontró al regresar a su hogar después de servir en el ejército del Imperio Austro-húngaro entre 1917 y 1918. Esa inquietud personal se produjo al darse cuenta de que las cosas y personas que había dejado al marcharse habían continuado su existencia al margen de él y se habían con

vertido en algo distinto a lo que él había dejado, y por eso mismo, eran algo que no se correspondía con lo que él ansiaba recuperar a la vuelta de la difícil situación en que se encontraba un joven que había sufrido el trauma de participar y ser derrotado en una guerra de dimensiones hasta el momento desconocidas. Su inquietud le llevó a buscar un cuerpo teórico que le diera razón del origen y desarrollo de las relaciones humanas. En abril de 1918, después de que Weber dictara un curso de Sociología en la Universidad de Viena, Schutz decidió realizar un estudio profundo de la sociología comprensiva maxweberiana. Sin embargo, pronto se percató de que la interesante vía de estudio de las relaciones sociales abierta por Weber carecía de unas bases especulativas sólidas. Así, inició la búsqueda de una sistema filosófico capaz de dotar a la sociología comprensiva de un fuerte fundamento teórico. En 1929, después de un largo período de estudio del pensamiento de Bergson, y de modo especial de su concepto de «tiempo interior» (*durée*), inició la fundamentación filosófica de la sociología comprensiva en la fenomenología husserliana. Como fruto de esos años de estudio, publicó en 1932 *Der sinnhafte aufbau der sozialen welt* el único de sus libros que Schutz llegó a ver en vida. Su trabajo fue enormemente alabado por el propio Husserl, quien mantuvo en los últimos años de sus vida una gran amistad y varios encuentros personales con Schutz.

En 1939 emigra de Austria como consecuencia de la anexión por el III Reich. Pasó un año en París, desde donde continuó ejerciendo su trabajo como alto ejecutivo, al tiempo que mantuvo intensos contactos con el nutrido grupo de intelectuales europeos que coincidieron en la capital de Francia durante esos años. También desde allí realizó las gestiones oportunas para poder sacar a su familia de Austria y trasladarse a los Estados Unidos, donde se estableció su empresa desde los primeros años de la II Guerra Mundial.

A su llegada a los Estados Unidos continuó su relación con otros intelectuales europeos que se refugiaron allí. También supo asimilar el pensamiento de los principales autores norteamericanos, como James, Mead y Parsons.

Durante los diez primeros años de estancia en América compatibilizó su trabajo como ejecutivo con algunas clases y seminarios que impartió en la *New School for Social Research* de Nueva York. Sólo en los diez últimos años de su vida se dedicó por completo a las tareas académicas e investigadoras en ese mismo centro.

2. El concepto de «mundo de la vida» (lebenswelt) como ámbito donde se desenvuelven las relaciones humanas está presente en las obras de Schutz como uno de los temas centrales de su pensamiento.
3. En este punto Schutz deja notar que no fue estéril el estudio del pensamiento bergsoniano que llevó a cabo en los primeros años de su formación filosófica. Bergson, en su obra *Materia y memoria*, afirma que la percepción no está principalmente al servicio del conocimiento sino de la acción.
4. Alfred SCHUTZ, «El ciudadano bien informado. Ensayo sobre la distribución social del conocimiento», en Alfred SCHUTZ, *Estudios sobre la realidad social*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1974, pp.124-125. (En adelante nos referiremos a esta obra con las siglas CBI).
5. Hemos respetado la traducción del término *relevance* por significatividad tal como se hace en la traducción que hemos utilizado.
6. CBI, p.123.
7. Richard M. ZANER, «Introducción» a Alfred SCHUTZ, *Reflections on the problem of the relevance*, Yale University Press, New Haven (Conn), 1970, p.xix.
8. CBI, p.127.
9. Es decir, asumiéndolas en nuestra acción espontánea como significatividades que contribuyen a la consecución de nuestro interés.
10. CBI, p.126.
11. Cfr. *Ibid.*, p.127.
12. CBI, pp.127-128.
13. También cabría hacer una aplicación de esos tipos ideales de conocimiento establecidos por Schutz a los informadores, es decir, a los creadores del mensaje. Someramente —pues no es este el propósito de la presente comunicación— cabría señalar que el conocimiento propio de un informador es el correspondiente al «ciudadano bien informado». Ello, en primer lugar, porque sólo un ciudadano bien informado (es decir, el que se cuestiona todas las cosas porque todas ellas pueden llegar a ser singnificativas en el mundo en que vive) puede ayudar a los receptores a ser también ciudadanos bien informados» y por tanto más libres y conscientes de sus decisiones. En segundo lugar, porque parece evidente que nunca será un buen profesional de la información el que se enfrente a las realidades cotidianas del modo como lo hace el «hombre común», pues carecería de la capacidad de preguntarse por el sentido de las cosas, y por tanto, tampoco podría darlo a conocer a los demás. Pero tampoco debe ser considerado como un «experto», pues el saber que comunica el periodista no puede

restringirse a un ámbito cerrado: ha de dar razón de todas las cosas.

14. «Parece una mera trivialidad afirmar que sólo una parte sumamente pequeña de nuestro conocimiento consiste en experiencias que no hemos tenido nosotros, sino nuestros semejantes, contemporáneos o predecesores, y que nos han comunicado o transmitido. Denominaremos conocimiento de origen social a este tipo de conocimiento» (CIB, p.130).
15. CIB, pp.121-122.
16. Cfr. Ibid., p.122.
17. CIB, p.123.
18. Ibid., p.128.
19. Cfr. Ibid.
20. CIB, p.129.
21. Ibid.
22. Cfr. nota 14.
23. CIB, p.130.
24. Ibid.
25. Ibid., pp.130-131.
26. Ibid., p.131.
27. Ibid.
28. Ibid.
29. Ibid., p.132.